

Hacia una Antropología de la Esperanza

Avelino Seco Muñoz

Santander a 8 de junio de 2017

Voy a intentar reflexionar sobre el ser humano columpiándose entre el temor y la esperanza. Sólo él es capaz de tener esperanza y sólo él está amenazado por el temor y la angustia. Y esto es así porque sólo él es capaz de idear un futuro bueno y caminar hacia él y, a la vez, hacerse una idea de los males que le pueden venir y los bienes a los que ha de renunciar. El ser humano, y sólo él, es libre para construirse y, a la vez, capaz de idear un bien hacia el cual caminar y de prever algunos males o amenazas que encontrará en el camino.

Decía Unamuno que el hombre es capaz de hacer proyectos y lanzar su vida, como un proyectil, hacia el objetivo fijado; pero, a la vez, cuando escoge un proyecto, una manera de realizarse, un yo futuro, mata otros yos, otros proyectos, otras formas de ser. Ahí encontramos la raíz de la esperanza y de la angustia que son características de la persona, ningún otro ser vivo tiene ni esperanza ni angustia. Cuando uno se casa es porque tiene esperanza de que con su pareja va a encontrar felicidad, pero renuncia a otra pareja o a la libertad de ser soltero. Podríamos poner otros muchos ejemplos.

Antes de avanzar más, vamos a ponernos de acuerdo sobre qué vamos a entender por esperanza y por temor. Definimos *temor* como aprensión hacia algo que se piensa que puede producir un daño o representar un peligro; o, como diría el filósofo José Luis Aranguren, es el miedo a que el futuro no vaya a ser tal como nosotros deseáramos. *Esperanza* es la virtud de la persona que todavía está en camino, que aún no tiene todo cuanto anhela y que camina hacia ello llevada del deseo de algo mejor que puede conseguir. El hombre tiene hambre de un futuro más bello, de una existencia más plenamente desarrollada. Esto a un nivel individual y, también, como comunidad bien sea política, vecinal o eclesial. Ser esperanzado equivaldría a ser utó-

pico en el sentido etimológico del término: algo que todavía no existe y es deseable (ouk y eu topos), es un reclamo para caminar hacia ello.

Resumiendo lo que he ido exponiendo, podemos decir que el hombre es el único ser capaz de hacer proyectos nuevos y dirigirse esperanzadamente hacia ellos y, a la vez, sentir angustia por miedo a equivocarse y por matar otras posibilidades.

Avanzando un poco más, constatamos que la desaparición de la esperanza, de la utopía, produce una inmovilidad en la que el mismo hombre se convierte en una cosa. (Mannheim) Parafraseando a J. P. Sartre podemos decir que estamos condenados a ser esperanzados, porque si no dejamos de ser personas; más aún, estamos condenados a ser esperanzados porque, de lo contrario, dejaríamos de ser cristianos, hacedores del Reino.

El hombre siempre tiene hambre de un futuro más bello, de una existencia más plenamente desarrollada (un creyente lo traduce como hambre de Dios). A esto lo llama Pascal “desproporción” del hombre; para él la persona vive, en el fondo, en un “absurdo” cuya esencia consiste en que un ser finito experimenta en sí mismo la infinitud. Aquí puede estar la raíz de que la búsqueda de Dios es una constante del ser humano. El hambre de felicidad, de perfeccionamiento, de belleza, de bondad, que tenemos las personas, no se agota nunca. Podríamos gritar con San Agustín (*La ciudad de Dios, libro 22, capítulo 30*): “*Dies septimus etiam nos ipsi erimos*”, o aquella otra exclamación suya: “Nos creaste, Señor, para ti y nuestro corazón no descansará hasta que no repose en ti”. Sólo al final, “el séptimo día”, llegaremos a ser en plenitud, nosotros mismos, sin limitaciones. Hacia esa plenitud caminamos.

La esperanza es anticipo del cielo; el temor, la desesperanza es infierno. Dante en su “Divina

Comedia” pone grabada esta frase en el abismo del infierno: “ABANDONAD TODA ESPERANZA”.

La década de los sesenta del siglo pasado fueron años de cambio, de esperanza y confianza. En 1964, el teólogo evangélico Jürgen Moltmann publicó su *Teología de la esperanza*, que en poco tiempo se reeditó varias veces. En la misma época el Concilio Vaticano II puso en un lugar central la esperanza. Así comienza la constitución “Gaudium et Spes”: “Los gozos y las esperanzas, las tristezas y las angustias de los hombres de nuestro tiempo, sobre todo de los pobres y de cuantos sufren, son a la vez gozos y esperanzas, tristezas y angustias de los discípulos de Cristo”. En aquellos momentos se vincula la virtud cristiana de la esperanza con la responsabilidad por el mundo; la esperanza debe encargarse de la tierra destrozada y de los seres humanos explotados y oprimidos. No es casualidad, por experiencia lo sabemos, que la desesperanza y el temor no traen más que lamentos y condenas (Por desgracia esto ha sido demasiado frecuente en la Iglesia); la esperanza utópica, por el contrario, trae transformación, compromiso con un mundo nuevo que hemos de hacer realidad, en definitiva: deseo de acercarnos al Reino de Dios.

El hombre es el único ser con capacidad para escapar de la realidad dada con todas sus limitaciones y cosas negativas, el único capaz de imaginar una realidad mejor que la que se da en un momento determinado y luchar esperanzadamente por un mundo nuevo superador de los males existentes, el hombre es capaz de escaparse de lo puramente instintivo y crear nuevas formas de vida, es un ser que se hace culturalmente; cultura que, aunque no está exenta de peligros deshumanizadores, es un gran bien que posibilita que el hombre sea hombre. Es el único ser capaz de darse cuenta de que la creación entera, incluido él mismo, está gimiendo con dolores de parto esperando y haciendo posible una nueva creación, la llegada del Reino. Esto sólo se realiza desde la esperanza, no desde el freno temeroso al futuro.

Lo bueno que imaginamos, aquello hacia lo que nos dirigimos esperanzadamente, aparece en lo que llama Bloch “sueños diurnos”. Hay sueños que son pura evasión; pero hay, también, un tipo de sueños diurnos que impiden nos conformemos con “la mala existencia”. Es importante estar a la escucha de este centro puro de la esperanza para orientar nuestra vida a su auténtico objetivo, para llegar a ser lo que somos llamados a ser, para añadir a nuestra vida todos

los predicados enriquecedores posibles, predicados que aún no poseemos; nunca es tarde para lograr esto, ni siquiera nos exime la vejez. Decía Leonardo Boff, en un pequeño y hermoso folleto que escribió al cumplir los setenta años, que le quedaba una etapa de su vida maravillosa: la etapa de terminar de dar los últimos retoques a la estatua que ha ido modelando a lo largo de su vida para hacerla más hermosa y más acorde con lo que Dios ha querido que sea.

Vamos a hacer una calada en tres formas distintas de aparecer esta “esperanza deseada” de los sueños diurnos. Veremos que los acercamientos en profundidad a la realidad esperada no se derivan de la razón discursiva ni se encierran en el lenguaje conceptual. Lo haré, prácticamente insinuando y sin desarrollar por falta de espacio, desde el lenguaje semi-mítico de los cuentos de hadas, desde la filosofía y desde el lenguaje religioso.

1. Los cuentos de hadas son el primer esbozo irreflexivo de la esperanza y dan respuestas a cuestiones fundamentales del hombre, a anhelos profundos de una realidad buena originaria y que ha sido trastocada. Intentemos sacar algunas de las respuestas básicas del cuento de hadas. ¿Qué ocurre en este tipo de cuentos cuando se intenta reducirlo analítica y estructuralmente a su forma fundamental?

- Generalmente el cuento empieza con felicidad. “Erase una vez...
- Luego irrumpe el malo que amenaza la vida buena; parece que triunfa.
- Finalmente el hombre recibe una ayuda y, siendo débil, vence al malo, a pesar de que es más fuerte, y es feliz para siempre. *Fueron felices y...*

Tienen una perspectiva constructorista de la que no debemos privarnos ni privar a nadie en su proceso educativo. No sólo hemos de ser capaces de analizar y conocer un mundo que ya “está ahí” sino de construir un mundo con significación, que todavía no está. A esto se opone el inmediatismo, el excesivo realismo reductor de una realidad que siempre está en construcción y que es la verdadera, porque es la que está llamada a ser.

2. Acercamiento desde la filosofía. Voy a citar a dos filósofos significativos: Ernst Bloch, filósofo alemán con su obra principal. “El principio esperanza”, monumental tratado sobre la utopía esperanzada y sobre el soñar humano en un futuro mejor transformado Y Gabriel

Marcel, filósofo francés, existencialista cristiano convertido al catolicismo en 1929, La obra que voy a citar es: "Homo viator"

Para E. Bloch la esperanza, la utopía está en la raíz de lo que es el hombre, ya que somos capaces de pasar del impulso hacia lo placentero (como todos los animales) al idear y desear algo nuevo (propio sólo del ser humano). No nos basta lo dado, somos capaces de imaginar algo más, de dirigirnos a lo todavía no existente. Toda existencia humana aparece como algo inconcluso, inacabado y –a diferencia del animal– jamás del todo terminada. El hombre es primeramente un ser deficiente, pero que no cesa de superarse a sí mismo. La esperanza representa el querer trascender la situación de deficiencia del momento llevados por el anhelo que aparece en los deseos y proyectos de lo que queremos llegar a ser como individuos o como comunidad. La esperanza utópica amplía el campo de la realidad, no reduciéndola a lo dado, a lo existente en un momento determinado. Esto se plantea desde la concepción de que lo real-racional irá desarrollándose, apareciendo progresivamente, siguiendo, en esto, el pensamiento de Hegel.

El filósofo existencialista francés Gabriel Marcel deja traslucir, en su reflexión filosófica sobre la esperanza, un trasfondo de su fe cristiana, que Bloch valoraba, pero no tenía. Es muy importante la distinción, que él hace, entre el "espero" absoluto y el "espero que", el esperar concreto. Muchas veces tenemos esperanzas concretas y no somos capaces de abrirnos a ser esperanzados interior y vitalmente. Con un ejemplo lo entenderemos mejor. Yo puedo esperar que un hijo que se ha ido a vivir al extranjero venga a visitarme o me llame por teléfono, o que una enfermedad va a ser curada. Estoy hablando de esperar que algo concreto suceda; esta esperanza puede verse defraudada. Según Marcel, la esperanza desborda la capacidad imaginativa y no se queda en lo concreto. Esperar no significa aferrarse a algo concreto. No estará todo perdido, aunque yo no sane. Con palabras del filósofo: "*Quien con esperanza excede todo cuanto puede imaginar concretamente y, por tanto, no pone límites a su esperanza, experimenta una seguridad y una serenidad interiores que se oponen a la inseguridad fundamental del tener*"

3. El cristianismo es una respuesta a los anhelos que tenemos y que hemos ido descubriendo como constitutivos del ser humano. Es una religión de la esperanza. El bautismo es la puerta de entrada y este es el sacramento de la esperanza esencial. El misterio del bautismo con el inicio de una vida nueva y el de la resurrección van estrechamente unidos en la fe cristiana. Si analizamos algunas de las imágenes del bautismo, lo vemos claro.

- Para los Padres de la Iglesia la creación del mundo es la imagen de aquella nueva creación del cosmos que Cristo nos trajo con su resurrección y en la que nos introducimos por medio del sacramento del bautismo. "*El que está en Cristo es una nueva creación. Pasó lo viejo, todo es nuevo*" (2 Cor. 5, 17)
- Otra imagen con la que los padres de la iglesia suelen representar este sacramento de la esperanza es el diluvio= salvación del mundo frente a la aniquilación total. Salidos de las aguas, Dios hace un pacto y el cosmos entra a formar parte de la historia de la salvación.
- Huida del cautiverio. Salida de Egipto, Así como entonces se abrió el mar ante el pueblo elegido, el cristiano se sumerge en el agua bautismal, se remonta a la otra orilla, Así lo describe San Pablo: "*Cuantos fuimos bautizados en Cristo Jesús...fuimos bautizados en su muerte...fuimos sepultados en su muerte a fin de que vivamos una vida nueva*" (Rom. 6, 3-4)

Esta antropología de la esperanza da lugar a una sociología y una eclesiología imbuidas de esperanza utópica. Al contrario, una sociedad atezada por el inmovilismo y en la que domina una ideología conservadora puede dar lugar al "o yo o el caos", es decir: al miedo. Lo mismo puede decirse de la iglesia. Esta puede aferrarse a conservar lo existente por miedo al cambio, a las ampollas de unos pies que caminan o dejarse llevar del viento del Espíritu, de la esperanza, del Reino.